

AMÉRICO F. FOSSATI (1886-1944)

Guillermo Fossati

Esta breve biografía es una versión corregida de la que escribí en el año 1991, a pedido del Dr. Gutiérrez Blanco, para ser incluida en el Tomo III de *Médicos Uruguayos Ejemplares*. El fallecimiento de Gutiérrez Blanco detuvo esa excelente idea, en gran parte convertida ya en realidad. Años más tarde el Dr. Fernando Mañé Garzón, entusiasta brillante de la Historia de la Medicina y de la nuestra en particular, retomó la idea y me solicitó una copia de aquella Biografía, copia de la que me acusó recibo el 28 de julio de 1999. Mi homenaje a ambos distinguidos profesionales, ambos brillantes en la actividad médica y ambos convencidos de que despreciar o dejar que la historia se olvide, es como ignorar y despreciar las raíces de las plantas y los árboles y creer que ellos son solamente troncos, hojas y flores.

I

No es tarea fácil para un hijo hacer una reseña biográfica de su padre, ya que es imposible que no vuelque en ella esa parte afectiva que la hace ciertamente menos objetiva y neutral. Pero se me ha pedido que la haga y confieso que no sólo me siento muy honrado, sino que también, y muy especialmente, me da una enorme satisfacción el hacerlo.

Lo que yo sé de mi padre proviene de tres fuentes: primero, mis recuerdos personales que, lamentablemente, no van más allá de los últimos 16 años de su vida, o más precisamente de algunos menos, ya que él falleció cuando yo tenía 16 años; en segundo lugar, trataré de poner por escrito lo que de él he escuchado, y finalmente hablaré de lo que dejó escrito: sus informes, su currículo y sus trabajos científicos.

Mis recuerdos personales son los de un niño que contempla a su padre, un hombre ya mayor, con amor y admiración. Yo era el hijo menor de seis, con bastante diferencia de edad entre uno y otro, y por lo tanto, demás está decirlo, era un hijo muy mimado.

Recuerdo a mi padre como un hombre muy vital, amante de la vida en sus más variados aspectos. En el hogar era un típico padre de familia italiano, aunque era en realidad nieto de italianos. Su figura llenaba la casa y todo lo que en ella se vivía. Con una manera de ser aparentemente seria y tranquila, era un apasionado por la vida y tenía una ternura y un sentido del humor muy finos.

Gustaba de las comidas en familia y con amigos. Siendo cirujano, y muy activo, se ingeniaba para estar todos los mediodías en casa; llegaba alrededor de las doce, se ponía una túnica, almorzaba con mi madre y los hijos que estuvieran (por la gran diferencia de edad entre unos y otros, podía haber alguno ausente). Mi madre ocupaba la cabecera de la mesa, mi padre el extremo de uno de los lados y yo junto a él. Un almuerzo muy especial era el de los 25 de julio, el día de su cumpleaños. Era un almuerzo solemne con un grupo de amigos muy íntimos. Sus antecedentes italianos se ponían de manifiesto porque a mí se me permitía sentarme a la "mesa grande", cuando el número de comensales era trece. A ese almuerzo se le llamaba a veces con una palabra que me parece muy italiana: "una comilona". Otras veces se usaba una palabra muy refinada, que ahora se usa poco: "un banquete". Era un almuerzo en serio, cocinaba mi madre, mi abuela Brígida (hija de italianos pero "italianísima" en sus costumbres) y una señora, experta cocinera, que había trabajado en casa, que se llamaba Benigna. No faltaba además algún plato especial preparado y obsequiado por "viejos pacientes" que lo querían. Recuerdo los "morrones rojos rellenos" de Benincasa.

Mi padre era un hombre cómodo y ese rasgo me lo recordaba, hace pocos días, alguien que lo conoció bien. Le gustaba que le ayudáramos a cambiar los zapatos por pantuflas, cosa que hacía al llegar por las noches, antes de sentarse en un sillón cómodo, con los pies en una banqueta, para leer los diarios. Digo los diarios porque a él le gustaba estar informado y leer las diferentes opiniones. En esa época no existía la televisión, se escuchaba la radio y se leían periódicos. En casa se recibían La

Mañana, La Tribuna Popular (que leía al mediodía, antes de almorzar), *El Plata* y *El Diario* (que leía de noche, antes de cenar).

Era un amante del fútbol, hincha de Nacional, aparte de ser cirujano de esa Institución. Fue pionero de la medicina del deporte y en tratar meniscos rotos, aunque era muy cauto antes de abrir una rodilla (sabiduría que comparten muchos traumatólogos de hoy). Cuando jugaba Nacional íbamos al Stadium y recuerdo que prefería salir un poco antes de terminado el partido para evitar las aglomeraciones. En el auto seguía escuchando el partido por la radio y si le hacían un gol a Nacional, apagaba la radio y, no más de un minuto después, la volvía a encender. Estoy escribiendo esto hoy, centenario del Club Nacional de Fútbol (mi padre tendría 113 años), luego de ver por televisión un partido amistoso, para festejar el acontecimiento, con Stadium lleno y fuegos artificiales. Lamentablemente Nacional, enfrentado a un cuadro holandés visitante, llevó la delantera (mínima diferencia) hasta casi terminado el partido, momento en que se produjo el empate. Quizá en un partido amistoso, de festejo, es mejor empatar que ganar y creo que el público presente pensaba lo mismo, por el entusiasmo con que aplaudió el gol del empate. Yo era un entusiasta para acompañarlo pero evidentemente no lo era por el fútbol en sí, ya que desde su fallecimiento raramente volví al Stadium. Lo que he seguido viendo de fútbol han sido los mundiales a través de la televisión. Su figura en Nacional era muy importante y cuando se construyó el departamento médico del Parque Central, le pusieron su nombre. Hoy, en una última corrección (IX-2003), todo Uruguay festeja el triunfo de nuestra Selección, en un primer partido de las eliminatorias para el mundial del 2006, le ganamos a Bolivia 5 a 0, en un partido que todos los comentaristas consideran uno de los mejores partidos de los últimos tiempos, por la calidad del juego, por el excelente espíritu deportivo que reinó en ese evento.

Era un aficionado, casi un fanático, por la pesca, y en mi visión a distancia "todos los fines de semana íbamos a pescar". Playa Verde, Piriápolis, Las Delicias, Punta del Este (en aquella época eran dos lugares diferentes y bastante apartados), la Paloma y La Coronilla, eran algunos de sus lugares preferidos. Cuando el tiempo era poco íbamos al muelle del Club Náutico de Punta Gorda, donde se pescaban abundantes roncaderas. Como era aficionado al mar tenía una lancha, la "Leda", que en invierno estaba en el río Santa Lucía y en verano en el puertito del Buceo. Una de las "pesquerías" que me ha dejado un recuerdo más hondo, se hizo en el Cabo Polonio, allá por 1942. Un viaje desde Montevideo, que duró todo el día (auto, tren, camioneta, lancha por la laguna Castillos y luego por el arroyo Valizas hasta la costa). De ahí al Cabo, carros y caballos por la playa. Salimos a las seis y media de la mañana y llegamos a las diez y media de una noche muy fría del comienzo de la Semana Santa. Como desde hace muchos años frecuento habitualmente al Polonio, el recuerdo de ese viaje es una vivencia habitual de mi vida. Entre los compañeros de mi padre estábamos algunos hijos, amigos y discípulos médicos como el Dr. Salterain (el "bayano"), experto cocinero y Víctor Armand Ugón, seguidor de las enseñanzas de mi padre en cirugía torácica hasta convertirse en el gran maestro. Dije que mi padre era cómodo y un buen ejemplo se dio en el Polonio. Aunque podía pasarse horas sentado en una roca mientras pescaba, tenía necesidad, al volver a la casa, de tener un asiento con apoyabrazos. En aquel Polonio tan primitivo fue difícil encontrarle un asiento apropiado pero finalmente, "violando" el candado del "rancho de Pertusso", se encontró uno de esos asientos plegables, de lona y madera.

En el Polonio nos alojamos en una especie de posada que pertenecía a don Jacinto Pereyra, un lujo para el lugar y la época, pero sin un asiento adecuado.

El Dr. Pertusso era "el médico" de Rocha y se dice que esa posada era ocupada habitualmente por invitados de Pertusso, que era además el dueño de esa parte del Cabo, de la que mira a la Playa Sur. De la posada sólo queda el cimientito y según el Dr. Jorge Infantozzi, patriarca de la zona, cada una de las casas primeras del lugar tiene algunos ladrillos de la posada. El "rancho de Pertusso" existe hoy, convertido en una casa, y en ese lugar, cuando lo recorro caminando, se me hace presente cada minuto de aquella estada.

El faro del Polonio, el más hermoso de nuestra costa, era muy importante porque la zona del Cabo era lugar de naufragios. Las salidas a pescar tenían otra característica: muchas pesquerías se interrumpían por un llamado, por aquellos antiguos teléfonos o por la radio, porque desde Montevideo pedían la vuelta urgente de mi padre por algún "caso difícil" del Hospital Español, que los cirujanos de guardia no se atrevían a operar. Yo comenzaba a aprender lo que significa ser cirujano.

Mi multifacético padre era aficionado al Hipódromo y ese era también un paseo obligatorio, y yo su compañero obligado. Le gustaban los caballos pero, como era un hombre muy moderado, solía tener sólo alguna parte de algún caballo y sus apuestas, que habitualmente las hacíamos los hijos (ya dije que era cómodo), eran muy discretas. A mí me gustaba mucho ir "a Maroñas" pero, y se repite lo del fútbol, después que mi padre falleció no fui más "a las carreras". Evidentemente yo era "aficionado a mi padre" y luego que él falleció, mi vida tomó otros rumbos y otros intereses.

Otro juego que le gustaba mucho eran "las bochas". Durante el verano era habitual jugar en la cancha "de Introzzi", cerca de casa, o en el mismo Club Náutico al que le gustaba ir a pescar. Yo llegué a jugar con él y... a pesar de mi edad era bastante bueno. El aprender algo de niño te deja marcado y por eso, muchas décadas después, durante un Congreso en Porto Alegre, le gané a un cirujano plástico iraní, radicado en Alemania, nada menos que 10 a 1, y el premio, una botella de champaña, me espera en Berlín.

Mi padre era un entusiasta del ajedrez y se complacía en jugar con sus hijos, enseñándonos a jugar, a ganar y a perder. Recuerdo sus frecuentes partidas con su hermano Leónidas, acompañadas de versos y frases pintorescas. Era un jugador rápido y tenía la costumbre de hacer partidas relámpago, entre operación y operación, especialmente en el Hospital Español.

Muchos finales del día dedicaba algún tiempo para ir a jugar al dominó al Círculo de Armas, lugar donde de joven jugaba a la paleta. Mi padre "odiaba" al cigarrillo y tanto hijos como amigos no fumaban en su presencia. Sin embargo, en el Círculo de Armas jugaba en un salón envuelto en una espesa nube de humo... y allí ni los demás dejaban de fumar ni el humo parecía molestarlo. Ese episodio se ajusta a la conocida y repetida frase de Ortega y Gasset: "uno es por lo que uno es y por las circunstancias que lo rodean". En aquel salón dominaban las circunstancias.

Era aficionado a las cartas, igual que su madre, mi abuela preferida. Hacía solitarios o jugaba con nosotros, y cuando lo hacía no perdía la oportunidad de enseñarnos que el juego puede ser una cosa buena si se hace sin pasión y con moderación.

Creo que una buena manera de conocerlo en este aspecto humano del que me estoy ocupando es repasar un "domingo tipo de su vida". Alrededor de las nueve de la mañana salíamos de casa para hacer la visita de los pacientes internados. Pasábamos por el Sanatorio Uruguay, por el Hospital Español y por el Fermín Ferreira. En el primero visitábamos "pacientes particulares" y entre las muchas cosas buenas de ese sanatorio, había dos que me atraían especialmente. Cuando llegaba uno de los médicos "de la casa", se tocaba una campana en el patio jardín del medio, campana cuyo sonido se escuchaba en las habitaciones, ya que todas tenían ventanas sobre ese patio. En esa época en el sanatorio trabajaban sólo los fundadores del mismo: los Dres. Luis Bottaro, Pou Orfila, Ramón Vázquez y mi padre. Para cada uno el toque de la campana era distinto y los pacientes quedaban así avisados de que "su médico" venía a visitarlos y tenían tiempo para prepararse para esa visita (hermoso tiempo... hermosas costumbres). Lo otro que me atraía de esas visitas era subir y bajar por el ascensor y correr por los corredores. Yo era un niño y los ascensores tenían el encanto de lo nuevo para mí. Las visitas al Sanatorio Español tenían otros encantos. Su gran patio, con aquella fuente (la de antes) alrededor de la cual se podía caminar o correr. No era raro que mi padre se entretuviera, después de ver a los pacientes, jugando una "partida rápida de ajedrez" con alguien de la guardia. La visita al Fermín Ferreira era la más apasionante. Ese era un enorme hospital formado por pabellones y jardines. Estaba situado en el lugar donde ahora está el Shopping Montevideo y todos sus estacionamientos. Era un hospital para tuberculosos y tenía pabellones para pacientes que necesitaban cirugía de tórax y otro sector para leproso. Recuerdo el número de los pabellones que visitaba mi padre, el 9 y el 16. Yo esperaba en el auto y lo que ví un día no lo olvidé más. Un paciente empujaba un carrito de mano y levantaba hojas de los senderos. Pero el carrito tenía un espejo para mirar para atrás y el paciente "sacaba la mano" cada vez que iba a doblar. Era un paciente psiquiátrico que tenía también tuberculosis. Cuando mi padre salía del pabellón lo acompañaba un enfermero y cuando se sacaba los guantes de goma, le echaba alcohol en las manos. Al sacarse los guantes le caía talco en la punta de sus zapatos negros y esa mancha blanca era para mí el símbolo de la cirugía... y yo, en esa época, estaba seguro que ese sería mi futuro. Algunos domingos hacíamos otra visita, más lejos, a un sanatorio que estaba sobre la costa, en Malvín. Allí se atendían pacientes con tuberculosis ósea,

a quienes, en los días lindos, sacaban en sus camas con ruedas para que tomaran sol, recibiendo lo que se llamaba "helioterapia". El recuerdo de esas blancas camas, al aire libre, frente al mar, se convirtió en un recuerdo imborrable para mí.

Terminadas las visitas volvíamos a casa, para una ceremonia obligada de los domingos al mediodía: "tomar el copetín en familia". Todos mis hermanos, algunos con novia, estaban en casa y se preparaba un generoso copetín, "a la italiana", tomándose alguna bebida preparada en casa o comprada en lugares como "el Jauja". Ya hablé de mi padre acostumbrándonos a jugar sin pasión y sin excesos y, durante esos copetines, nos enseñaba a beber, también sin pasión y sin exceso. Terminado el copetín venía el almuerzo, obligatoriamente con algún plato de pasta. Era costumbre llevarle a mi padre algún fideo o algún raviol para que diera su opinión sobre "el punto". Su respuesta habitual era: "le falta un minuto". El almuerzo terminaba con una importante ceremonia: se preparaba café en aquellas cafeteras llamadas "de bola", porque estaban formadas por dos piezas de vidrio, la de abajo era una bola donde se ponía el agua, la de arriba era como un embudo, de hermosa forma, que se introducía y ajustaba a la perforación superior de la bola, mediante una pieza de corcho. En esa parte superior se ponía el café. Un pequeño mechero de alcohol calentaba el agua y la obligaba a subir a la parte superior, donde estaba el café. Luego se apagaba el mechero y el vapor producido por el agua al hervir, se enfriaba y atraía al café ya pronto hacia la bola que se llenaba y luego formaba una espuma burbujeante. Como el café era "recién molido", su aroma llenaba el comedor y nuestros pulmones. A ese café ritual lo acompañaban las también rituales e infaltables "masitas del Telégrafo".

Pero el domingo no terminaba allí. Después de comer había varias opciones: fútbol, carreras y los días "feos de invierno"... el cine, desde las dos y media, la "matinée". No era una rareza estar en el cine desde esa hora hasta las ocho de la noche. Mi madre solía ir para la última película.

El cine o el teatro a las seis de la tarde era un programa casi obligado. En el teatro lo preferido era la ópera, las zarzuelas o las comedias de Paquito Bustos. Mi madre, como ya dije, no lo acompañaba al fútbol o a Maroñas (a veces sí, en el auto, a la "pelouse", con los más chicos), pero era compañera habitual del cine o del teatro.

En los últimos años de su vida un hecho se agregaba a esa rutina de los domingos, y yo era el compañero habitual: ir a Misa en esa antigua iglesia que queda junto al Hospital Español, la iglesia del Reducto. Mi padre había sido formado en un colegio religioso, el Seminario de los Jesuitas en la calle Soriano. Colegio que funcionaba, en aquella época, como verdadero colegio-seminario: había estudiantes comunes y los que se preparaban para el sacerdocio. Luego los años, la vida y el pensar provocaron su alejamiento de una práctica religiosa muy primitiva, muy ritual y simple. Esa evolución no es rara en el mundo actual. Yo creo que la idea de lo esencial, del antes y del después, no puede estar ajena a las personas que viven contemplando el pasaje de un cuerpo vivo a un cuerpo muerto. Ser cirujano en aquellas épocas de anestésicos primitivos, transfusiones peligrosas y ausencia de antibióticos era, seguramente, "el mejor lugar" para que la mente buscara respuestas. Como las respuestas "ortodoxas" eran (y en parte lo siguen siendo) muy pobres, los seres pensantes creaban su propia mística. Eso seguramente le pasó a mi padre; pero cuando se acercó al momento de experimentar en él lo que había vivido en tantos... tuvo un acercamiento a la práctica religiosa. En ese período, lo ayudó el encuentro con un antiguo compañero y amigo del "Seminario", Antonio Barlén, sacerdote jesuita que yo conocí muy bien.

Las Semanas Santas de mi padre eran también muy especiales. Había que "ir afuera" de pesquería, o más frecuentemente, "ir al campo", especialmente a la estancia de los Meharu, en Flores. Se cazaba, se comía y se pescaba. Las perdices eran muy abundantes y estaba permitido cazarlas. El ferrocarril era absolutamente puntual (una de las virtudes británicas). Pues bien, en esa época, sin cámaras frigoríficas, las bolsas de perdices llegaban a Montevideo por ferrocarril y mi madre las preparaba en escabeche, conservándolas en bollones de vidrio, dentro de nuestra gran Frigidaire, para ser consumidas, poco a poco, durante todo el año, hasta la siguiente Semana Santa. Mi padre tenía una costumbre: volvía de afuera los viernes santos, para evitar el tráfico del fin de semana, no raramente bajo la lluvia y... escuchando por radio el clásico sermón de las siete palabras, signo evidente de su religiosidad interior, latente.

Ese padre tan inquieto era lector y estudioso. A casa llegaban revistas médicas (recuerdo la *Presse Medicale* y el *Journal of Gynecology and Obstetrics*) y la famosa

Ilustración Francesa. Tenía la costumbre de levantarse muy temprano, alrededor de las cuatro y media de la mañana, y a las siete ya estaba en alguna sala de operaciones. Por la noche se acostaba temprano, alrededor de las ocho y media, dedicando entonces un buen rato a otro pasatiempo favorito: leer novelas policiales (Wallace, Sexton Blake o Mr. Reeders), que, él decía, le servían como ejercicio mental y como descanso.

Un último recuerdo de mi padre, tal como lo veía yo de niño, era su manera de vestir. Lo habitual era el usar traje (oscuro), con chaleco, cuello duro y corbata. Una cadena de oro cruzaba el chaleco de donde se colgaba el reloj (como se acostumbraba). Entrecasa y en la consulta usaba túnica blanca y cuando estaba "afuera", de pesca o de caza, vestía un mameluco gris como los que usaban los mecánicos. En verano usaba "rancho de paja". Hablando del verano debo destacar que los pasábamos en Carrasco, en aquel primitivo y maravilloso Carrasco. Mi padre solía volver temprano, antes de las cinco de la tarde, y de acuerdo al tiempo y a los días, íbamos a la playa para un ligero baño o al Club Náutico a pescar. Muchas tardes jugaba a las bochas en el mismo Náutico o en la casa de los Introzzi. Su playa favorita era la Playa Verde de Punta Gorda. Aun hoy, cuando paso por ahí, no puedo dejar de mirar el muelle (ahora en ruinas) donde pescábamos y... recordar.

Datos biográficos

Nació en Montevideo el 25 de julio de 1886, recibiendo los nombres de Américo Francisco. Sus padres fueron Pablo Fossati y Brígida Rosselli, ambos uruguayos, hijos de inmigrantes italianos. Su padre trabajaba en el Correo y de él heredó otra de sus pasiones: coleccionar estampillas. Falleció cuando Américo y su hermano Leonidas eran jóvenes, pero ya estudiaban, uno para médico y otro para abogado. Brígida, viuda, se ayudaba cosiendo para afuera. Mi padre se recibió de médico en 1909, realizando todos los estudios en Montevideo. No realizó cursos de especialización fuera del país y su asistencia a Congresos fue sólo en Uruguay, Argentina y Brasil. En esa época no era raro especializarse en Europa, pero eso estaba lejos de las posibilidades de mi padre, cuyos orígenes eran bien modestos.

En 1911 mi padre se casó con Alicia Benenati Roldós, nieta de inmigrantes italianos y españoles. Tuvieron seis hijos: Alicia, Américo, Carlos María, José Luis, Pablo y Guillermo (el que esto escribe).

Pasaron los años en una intensa actividad, como veremos en las páginas siguientes. Fue un hombre sano y muy activo hasta que, allá por el año 1942, una lipotimia en sala de operaciones, mientras operaba, fue el primer aviso de su enfermedad (insuficiencia cardíaca). Vivió dos años más y en su final, que no fue nada fácil, tuvo el consuelo, y creo que el orgullo, de tener un hijo médico que lo cuidaba con enorme dedicación. Muy diferentes habrían sido las cosas si en ese momento hubiera sabido que ese hijo, su orgullo, lo sobreviviría sólo tres años y medio.

Falleció en Montevideo, el 20 de noviembre de 1944, a la edad de 58 años. Mis recuerdos de ese día son bastante emocionantes. No se encendieron velas porque él había dicho que las únicas velas que deseaba ese día era la presencia de sus hijos. Junto al ataúd hicieron guardia permanente cuatro enfermeras de uniforme. La casa se llenó de gente, pero lo más emocionante era el llanto inconsolable de quienes habían sido sus pacientes. En el momento del entierro, en el cementerio Central, se dijeron discursos que me revelaron a mí, un joven de 16 años (de esa época), quién había sido, profesionalmente, ese hombre a quien despedían. La parte más emocionante fue cuando un amigo que trabajaba en la ciudad de Mercedes, el Dr. Zoilo Chelle, médico, poeta y político, llegó al cementerio y abrazado al féretro improvisó un poema al "amigo que se iba".

No hace mucho tiempo llegaron a mis manos dos páginas manuscritas con frases llenas de emoción y agradecimiento de sus pacientes de la Asociación Fraternidad, que fueron leídas en ese día. Voy a transcribir algunas frases:

"...para nosotros (los pacientes) fue la pérdida del médico desinteresado, sencillo, que inspiraba esperanzas, que infundía confianza y seguridad... la del amigo que daba fe, valor y afecto... Por todas estas y por muchas otras razones, es que deseamos hacer notorios y públicos, nuestros, a él en vida mal expresados, sentimientos de profundo agradecimiento, gratitud y amistad que nos tendrán eternamente ligados a su memoria".

¡Que sentiríamos nosotros, médicos, si pudiéramos escuchar frases como esas, de los que fueron nuestros pacientes, cuando ellos saben bien que no los podemos escuchar. Frases de sentimiento y agradecimiento que no podrán ser ni contestadas ni agradecidas!

Su actividad profesional

Fue variada y fecunda como toda su vida. Ingresó al Hospital Maciel en 1904, momento turbulento en la historia del país, en el Servicio de Cirugía que estaba a cargo del Dr. Mondino, y luego del Dr. Lamas. Ocupó por designación del decano del momento, el Dr. José Scoseria, el cargo de alumno interno de la clínica y luego el de practicante externo. En ese mismo Servicio continuó toda su carrera de estudiante. En esa época se desempeñaba también como Practicante del Servicio Nocturno de Urgencia, dependiente de la Municipalidad. En el Maciel debió vivir el célebre "episodio de los crucifijos", en 1905, motivado por la disposición del Dr. Scoseria, luego de decretarse la separación de la Iglesia y del Estado, en que se disponía el retiro de las salas de los pacientes, de altares y crucifijos. Este episodio nos parece importantísimo porque nos muestra la manera como, hasta aquel momento, se disponían las salas de los pacientes, resabio de la época medioeval que pudimos muy bien apreciar en el Hôtel Dieu (hospital hoy convertido en Museo, con un grado de conservación extraordinario) de la ciudad de Beaune, en Francia, en un viaje que realizamos hace algunos años a la Bourgogne francesa.

En 1909, año en que se graduó, fue designado Jefe de Clínica Quirúrgica de la Sala del Profesor Lamas, pasando, luego del tiempo reglamentario, a ocupar el cargo de Residente. En ese momento debió vivir otro episodio de enorme importancia en la historia de la Medicina: un año antes, en 1908, se recibió de médico-cirujana la Dra. Paulina Luisj. Esa mujer, desafiando los prejuicios de la época, fue la segunda mujer médico en el mundo moderno (la primera fue la Dra. Elizabeth Blackwell, en Gran Bretaña). Tuvo que soportar la oposición del cuerpo médico de su época, lo que seguramente no le fue fácil. Muy pocos de los que de ella se burlaron o la criticaron llegaron a coronar sus vidas profesionales con la medalla de Oro de la Facultad de Medicina (1947), por su obra médica, cultural y social. Por la misma razón recibió la condecoración de la Orden de Alfonso XIII.

De su actividad en esa época nos ha quedado un informe del Dr. Alfonso Lamas, solicitado por razones curriculares: "Montevideo, julio 7 de 1927.

Señor Doctor don Américo Fossati - Presente - Distinguido colega y amigo:

Agradezco la oportunidad que usted me ofrece, de decir bajo mi firma y para que llegue a conocimiento de las autoridades universitarias, el excelente recuerdo que guardo de su actuación como estudiante de mi clínica y como colaborador de ella después. Usted y el estudiante Garibaldi Devicenzi, distinguido colega hoy, no sólo cumplieron a satisfacción los deberes de estudiante, sino que tomaron sobre sí la tarea del Archivo de la clínica, Época feliz en que ni siquiera se perdían las observaciones correspondientes al tiempo de vacaciones porque dos jóvenes estudiantes tenían entusiasmo bastante para no aceptar solución de continuidad en su tarea. Asistente de mi clínica más tarde, compartió Ud. tareas docentes conmigo y en ausencia del Dr. Lorenzo le fueron a usted confiados los enfermos génito-urinarios. En toda esa labor, como en la de algunos trabajos científicos presentados en común, puso usted de relieve: inteligencia, preparación y voluntad. Si añado que ha sido consecuente con el taller en el que templó sus instrumentos de trabajo, habré expresado sintéticamente, lo que de Usted pienso.

Muy afectuosamente. Alfonso Lamas."

En 1909 fue nombrado, a propuesta del Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Manuel Quintela, Médico Interno del Hospital Español, pasando luego, en 1917, al cargo de Cirujano Mayor, cargo que desempeñó toda su vida, creando y dirigiendo un importante Servicio de Cirugía.

En abril de 1910 fue nombrado por la Comisión Nacional de Caridad, y a propuesta de su Presidente, el Dr. Scoseria, médico de Guardia y Sala en el hospital Fermín Ferreira, con funciones de cirujano, hecho que motivó que en 1934 se le confirmara como Cirujano de Sala. He mencionado varias veces al Dr. Scoseria y siempre me ha impresionado que unos ochenta años después yo creara, sin ninguna

intención especial, la más importante de mis clínicas, en la calle Dr. Scoseria, en Pocitos.

Cirujano de Sala. La actividad en dicho hospital continuó durante toda su vida, pasando luego a ser Jefe de Servicio y creador del Departamento de Cirugía de Tórax, departamento que tomaría su nombre, luego de su fallecimiento. En relación a ese período de su actividad, creo conveniente reproducir parte de los informes de los directores de dicho hospital, los Dres. Brignole y Sarno.

Nota N° 519 (18 de noviembre de 1929): *"No puedo de ninguna manera concretarme a elevar simplemente esta nota, estimando de mi deber dejar constancia expresa de que la dedicación del Dr. Fossati a su Servicio ha sido siempre ejemplar, atendiéndolo con su preparación científica reconocida y con buena voluntad y actividad dignas de encomio. Debo hacer resaltar que, en lo que pudiéramos llamar período heroico del Fermín Ferreira, el Dr. Fossati debía traer, a menudo, médicos y cirujanos amigos para que dieran anestesia y lo ayudaran en las operaciones de sus enfermos, así como material operatorio, etc. Firmado: Dr. Alberto Brignole".*

Oficio N° 58, febrero 10 de 1932. *"...la actuación del Dr. Fossati es digna de elogio, pues cuenta con una vasta preparación científica y con la colaboración de dos distinguidos médicos (honorarios) viene desarrollando una actividad intensa, reflejada claramente en la exposición que hace de sus intervenciones quirúrgicas en el Servicio. Firmado: Dr. A. Sarno".*

En 1927 fue nombrado Profesor Libre de Clínica Quirúrgica, dando la clase reglamentaria sobre "úlceras de duodeno", ante un tribunal integrado por los Dres. A. Lamas, E. Quintela y L. Mérola.

En 1930 fue elegido Presidente de la Sociedad de Tisiología y en ese mismo año dictó un curso sobre "Cirugía de la tuberculosis pulmonar", organizado por la Dirección Nacional de Asistencia Pública, con una importante concurrencia de estudiantes y médicos de la ciudad y del Interior.

A mediados de los años 20 del siglo pasado funda, con los Dres. Bottaro, Pou Orfila y Vázquez, el Sanatorio Uruguay, cuya importancia y forma arquitectónica fueron, en su momento, de avanzada.

En la actividad Mutual se desempeñó como cirujano de la Asociación Fraternidad, Empleados Civiles de la Nación y en la Mutualista del Partido Nacional.

En 1935, al cumplir 25 años de actividad profesional, fue objeto de múltiples homenajes, entre los que destaco el realizado en la Sesión Inaugural de la Sociedad de Cirugía, presidida por el Dr. Clivio Nario

En 1943 fue designado para integrar la Comisión de Salud Pública del Ministerio, presidido en ese momento por el Dr. Mattiauda. En ese mismo año integró una comisión para planificar un hospital de casi 1.000 camas, proyectado para tuberculosos, a construirse en Colón, en la granja Musto.

En 1944, año de su fallecimiento, presidió el tribunal de Concurso de Oposición y Méritos para proveer los cargos de Practicante Interno de los Hospitales y presidió la Sociedad de Cirugía.

Actividad científica

Su actividad científica fue importante y una muestra de ello se refleja en la cantidad, calidad y variedad de sus cursos, conferencias y trabajos científicos.

Vamos a enumerar a estos últimos:

- "Cirugía del simpático", en colaboración con el Prof. A. Lamas. Presentado en el Congreso de Cirugía de Buenos Aires y publicado en la Revista Médica del Uruguay (1910).
- "Pancreatitis supurada". Rev. Méd. del Uruguay (set. 1910).
- "Quiste hidático del pulmón". Rev. Méd. del Uruguay (1911).
- "Quiste hidático de pulmón. Hechos clínicos". Rev. de los Hospitales, octubre-noviembre de 1912.
- "Macroglosia". Rev. de los Hospitales (Feb. 1913).
- "Helioterapia". Rev. Méd. del Uruguay. Setiembre de 1916.
- "De la Helioterapia". Bol. Asistencia Pública Nacional, julio 1917.
- "Torsión del gran epiplón". Anales de la Facultad de Medicina. Trabajo presentado el 25 de julio (día de su 38 cumpleaños) de 1924.
- "Frenicectomía". Congreso Médico del Centenario, Sección de Tisiología, 5 al 12 de octubre de 1930.

- "Osteítis tuberculosa del peroné tratada con resección ósea". Rev. de Tisiología (Mayo-abril, 1932).
- "Quistes hidáticos óseos". Rev. de Tisiología del Uruguay, Dic. 1932.
- "Resultado lejano de una osteosíntesis". Bol. de Cirugía (1932).
- "Pneumopericolecistitis". Bol. de Cirugía (1932).
- "Una causa de error en las radiografías de los cálculos renales". Bol. de la Sociedad de Cirugía de Montevideo, 1932.
- "Cavidad del vértice pulmonar derecho con caries costal". Bol. Soc. de Cirugía, agosto 1932.
- "Tóraco-neumolisis-superior". Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIX, N° 3-4, 1934.
- "Quiste hidático abierto en vías biliares". Boletín de la Sociedad de Cirugía de Montevideo, Año V, N° 6 (1934).
- "Pleuresías tuberculosas purulentas, patogenia y tratamiento del empiema tuberculoso". Imprenta Rosgal, 1934.
- "Osteítis costal simulando radiográficamente una caverna pulmonar". Revista de Tuberculosis del Uruguay, Tomo IV, N° 6 (1935).
- "Sutura ureteral circular, hipertrofia muscular del cuello vesical". Bol. de la Sociedad de Cirugía, Año V, N° 10 (1935).
- I: "Luxación recidivante de hombro", II: "Coxalgia doble curada". Bol. de Cirugía de Montevideo, Año V, N° 12, 1934.
- "Doble perforación pelvi-duodenal y urétero-iliaca por litiasis pieloureteral". Bol. de la Soc. de Cir., Año VI, N° 5, 1935.
- "Un signo radiográfico de lesión de menisco interno de rodilla". Soc. de Cirugía, 22 de abril de 1936. Imprenta Monteverde.
- "Breves consideraciones sobre el tratamiento de las tuberculosis óseas y articulares y de los resultados obtenidos". Rev. de Tuberculosis del Uruguay. Año III, Tomo III, N° 4 (1933).
- "Tratamiento de las tuberculosis ósteo-articulares". Arch. Uruguayos de Medicina, Cirugía y Especialidades, junio de 1936.
- "Tratamiento de las tuberculosis ósteo-articulares". Rev. de Tuberculosis del Uruguay. Tomo IX, N° 1 (1940).
- "Breves comentarios y estadísticas quirúrgicas de tóracoplastias por tuberculosis pulmonar y sus complicaciones". Rev. de Tisiología del Uruguay, 1936.
- "La neumolisis extrapleural". Conferencia pronunciada en el Curso organizado por el Servicio de Asistencia y Preservación Antituberculosa del M.S.P., febrero de 1937.
- "Quistes hidáticos de pulmón. Estadísticas personales". Rev. de Tuberculosis del Uruguay, Tomo VII, N° 1, 1938.
- "Tumor a mieloplaxas de la extremidad inferior del radio". Soc. de Cirugía, junio de 1938.
- "Contusión renal, urogramas". Soc. de Cir., Setiembre de 1938.
- "Tratamiento de los quistes hidáticos de pulmón con pleura libre". Relato en la Sociedad de Cirugía.

Comentario de los trabajos

Sus trabajos fueron muy comentados en el Uruguay y en el extranjero. Como ejemplo voy a transcribir un comentario del cirujano francés Delbet, publicado en los "Archives médico-chirurgicales de l'appareil respiratoire", tomo 1, N° 2, página 4, 1926: *"El cirujano uruguayo Américo Fossati es, si no nos engañamos, el primer autor que haya propuesto, incidentalmente, aplicar el neumotórax artificial al tratamiento de los quistes hidáticos de pulmón. Su trabajo data de julio de 1911, es decir un año apenas posterior a la publicación princeps de Forlanini sobre 'un caso de absceso pulmonar datando de seis años y felizmente tratado por el neumotórax artificial', era, si se recuerda la opinión de Fossati, el cual hacía de la completa eliminación de la membrana madre, la condición sine-qua-non del éxito de este tipo de tratamiento"*.

Para resumir la vida del Dr. Américo Fossati, a 59 años de su muerte (como una corrección de lo escrito en 1991), desde mi posición como cirujano con 46 años de actividad, con una inevitable subjetividad por ser su hijo pero con la objetividad que da el tiempo, diría:

1. Fue un hombre esencialmente vital.
2. Presidió un hogar del que sólo tengo buenos recuerdos.
3. Creó en sus hijos una imagen admirable e imitable de la profesión que ejerció.
4. Supo ser médico y cirujano de valor y relevancia sin salir de nuestras fronteras, exceptuando la asistencia a algún congreso en nuestros países vecinos.
5. Sus trabajos científicos tuvieron repercusión en la Medicina mundial.
6. Como cirujano sabía abstenerse de operar, midiendo siempre las posibilidades técnicas y el bien de los enfermos.
7. Su recuerdo persistió en quienes fueron sus discípulos, pero mucho más en el corazón de quienes fueron sus pacientes y esto, comprobado por mí personalmente... hasta el día de hoy.

Homenaje de la Sociedad de Tisiología (Jueves, 28 de junio de 1945)

Voy a transcribir una de las versiones de los diarios sobre dicho acto recordatorio en el que señala una de las actividades en la que, Américo Fossati, fue notorio propulsor en nuestro medio.

"Tal como lo noticiáramos, el próximo jueves 28, la Sociedad de Tisiología celebrará, a las 18 y 45, un acto de homenaje a la memoria del distinguido médico compatriota desaparecido Dr. Américo Fossati.

Dicho homenaje consistirá en una reunión científica en la cual serán considerados exclusivamente temas de cirugía torácica, de la cual el profesor Fossati fue eminente propulsor. Se efectuará en los salones del Club Médico, rigiendo la siguiente orden del día:

1. Palabras del Presidente de la Sociedad de Tisiología, Dr. León Muñoz Moratorio.
 2. Dr. Víctor Armand Ugón: Neumectomías y Lobectomías.
 3. Prof. Dr. José Soto Blanco: Tuberculosis mamaria: su tratamiento quirúrgico.
 4. Dr. Alberto Roca Estévez: Principios generales de la toracoplastia.
 5. Dr. Arturo Vázquez Furest: 20 años de toracoplastia en el Servicio del Dr. Américo Fossati.
 6. Dr. Ramón P. Sierra: Tóraco-neumo-tisis superior.
- La Comisión Directiva de la Sociedad invita muy especialmente..."*